

7011 17781  
378



Cuadernos AULA BELGRANO 3

LUIS MARIA TERAGNI

# LA UNIVERSIDAD DESDE LA INTELIGENCIA EMERGENTE



Nº 6

Biblioteca Nacional de Maestros

Ministerio de Cultura y Educación

Dirección Nacional de Tecnología Educativa  
*Departamento Ediciones de Educación*

INV	017781
SG	T011 378/3
LIB	3

Ministerio de Cultura  
y Educación

**La Universidad desde la  
inteligencia emergente**

**Luis María Teragni**

**Cuadernos "AULA BELGRANO" Nº 6  
Biblioteca Nacional de Maestros**

1992

*Directora de la Biblioteca Nacional de Maestros  
Lic. Graciela Maturo*

*Subdirector de la Biblioteca Nacional de Maestros  
Lic. Daniel Malcolm*

*Coordinador Editorial  
Lic. Bertha Bilbao Richter*

**Presidente de la Nación**  
Dr. Carlos Saúl Menem

**Ministro de Cultura y Educación**  
Prof. Antonio Francisco Salonia

**Secretario de Educación**  
Lic. Eduardo Horacio Carbó

**Subsecretario de Educación**  
Prof. Sergio España

**Subsecretario de Planeamiento e  
Innovaciones Educativas**  
Dr. Jorge Aguilera

**Subsecretario de Universidades**  
Dr. Eduardo Roque Mundet

**Secretario General**  
Dr. Guillermo Heisinger

# La Universidad desde la inteligencia emergente

## 1. La pregunta del cabo Zalazar

Aunque los tiempos de mi conscripción ya pertenecen a la fábula, recuerdo a este suboficial que solía dialogar con alguno de nosotros en los intervalos de la instrucción. Era un hombre raramente consciente de sus límites y, en realidad, todos queríamos saber algo del mundo del otro. Un día me preguntó:

- Ché, decime, vos que sos estudiante, ¿por qué donde están ustedes siempre se arma lío en todos lados?. No recuerdo bien mi respuesta, aunque supongo que lo habré remitido a la política vigente, y ya sabemos que los estudiantes no constituían un estamento simpático para el gobierno de aquella época. Por aquel entonces, yo creía que las revueltas académicas eran como los huracanes, que llevan por dentro, en su vértice, un oasis de calma y tranquilidad. En otras palabras, que las tensiones y conflictos son accidentales a la auténtica misión de la universidad. Hoy, en las antípodas de tal creencia, tal vez le pueda contestar mejor al cabo Zalazar.

## 2. El juego íntimo de la Universidad.

Desde la creencia mencionada, los problemas universitarios suelen imputarse a motivos administrativos o técnicos, como, por ejemplo, a la deficiente administración de los recursos, al uso de métodos inadecuados de enseñanza, al tamaño de las instituciones y también al régimen de ingreso. En realidad, las desviaciones históricas que ha sufrido la universidad son su riesgo constante, y hasta se podría decir que su trayectoria es el curso histórico de aquellas desviaciones. Porque la Universidad es una institución crítica, conflictiva y tensional desde sí misma, y el acierto para conducirla consiste en volver productivas aquellas tensiones immanentes.

Si nos atenemos a una definición que conjuga sencillez y potencia semántica, la Universidad se manifiesta como inteligencia de la sociedad, o institución de la inteligencia (Ortega y Gasset). Desde estos parámetros se deriva sin esfuerzo que la institución concreta y

Luis María Teragni es licenciado en Filosofía por la Universidad del Salvador. Se dedica a la enseñanza de la disciplina en diversas instituciones universitarias y a la investigación. Ha publicado *Una metafísica original* en Fernández Moreno, *La perspectiva fenomenológica* de Eduardo Malles y otros ensayos.

contingente que tenemos resulta de dos variables históricas, en constante compromiso entre ambas. Su riesgo, por consiguiente, es la evaporación de uno u otro factor tras las apariencias de los frontispicios.

El primer conflicto interno de la Universidad fluye desde su carácter corporativo. La Universidad nació y permanece siendo un *corpus* cuya estructura orgánica reúne en unidad funcional a maestros, estudiantes y -a veces- a los graduados, en simetría con los aprendices, compañeros y maestros de las corporaciones medioevales. Sin ir más allá, nuestra Reforma de 1918 ratificó este carácter, organizando el gobierno institucional como participado por todos los estamentos.

En la aurora histórica de la Universidad ésta puso de relieve su carácter de institución paradójica, ya que se la miraba bajo la perspectiva de la corporación profesional y también de la ciudad antigua. No obstante, la componente intelectual de aquella produjo los primeros conflictos, en los que llegó a mediar el Sumo Pontífice. Como "ciudad" se las tuvo que ver con el Emperador, y como corporación, los intereses profesionales chocaron contra las Ordenes Mendicantes cuyo ámbito excedía una economía estrecha en aquella época de expansión. Mas la Universidad es una "ciudad" paradójica y una corporación extraña, porque introduce en las comunidades humanas ese factor que siempre las trasciende, incluyendo entre ellas la ruptura propia de un cuestionamiento universal. Ahora bien, este elemento "modernizador" no es un requisito necesariamente negativo, sino que en su raíz proviene de una vida que acumuló Fe durante siglos y requería, en consecuencia, la iluminación correspondiente. *Fides quarens intellectum*. Las transformaciones históricas decretaron la disolución del Imperio. Si miramos ahora a la Universidad desde el ángulo del Estado, ella es ante todo una "repartición", un organismo que devuelve funcionarios capacitados como contraprestación de los recursos invertidos por aquél en su mantenimiento. Es notable que el avance del Estado sobre nuestra corporación haya llegado hasta influir sobre su propio concepto: la Universidad napoleónica fue pensada como un molde para educar burócratas. La historia institucional abunda en conflictos con el poder público, que le concedió fueros y privilegios tanto como le impuso servidumbres y menoscabos. Es suficiente recordar que la condición básica para las universi-

dades, según W. von Humboldt, era la de "soledad y libertad" frente a las intrigas de corte y palacio. No tuvo suerte, mas por obra de los vericuetos de la Historia su consigna fructificó en los Estados Unidos con la creación del "campus". La sociedad ejerce presiones poderosas y sutiles, inadvertidas frecuentemente por quienes desean "socializar" a la institución. Tal vez la peor de las insidias que hoy se infiltran en el alma académica sea la de mirarla como "herramienta" social, degradándola al nivel de un instrumento. Por cierto que es un poder, mas poder espiritual, y su olvido produce vergonzosos espectáculos de lucha por el prestigio, el mando y la fortuna.

En segundo término, se establecen tensiones en cuanto la universidad es institución de la *inteligencia*. Esta diferencia específica puede llegar a la catástrofe, porque ambos términos, en el límite, son contradictorios. Lo social, propio de toda institución, tiene forma de costumbre, inerte y repetitivo, mientras la inteligencia es ágil, cuestionadora y crítica, no reconoce las fronteras fijadas por la tradición ni los repartos del poder; porque actúa con el inocente desparpajo del niño que vio al rey desnudo.

Como la inteligencia es una planta delicada, su cultivo requiere de cautelas institucionales, que se revelan inútiles cuando se desvanece el fuego interior que anima a la corporación. Es justo el momento de su decadencia como "torre de marfil", un riesgo inherente al pensamiento compartido, que abandona así la orientación social, una de sus misiones esenciales. Por último, hay una tensión radical dentro de la propia función pensante de la institución, y es la que media entre la misma inteligencia y sus objetos, la tensión entre la claridad deseada y la resistencia de los asuntos a dejarse dominar y perder opacidad. La temática distribuida en facultades se determina por los intereses permanentes de la sociedad, como la salud del cuerpo, el orden público o la riqueza común y así se organizan los estudios de Medicina, Derecho y Economía. La facultad de Filosofía es una excepción constante, y así lo vio Kant, porque aquella emerge más allá de los intereses comunitarios para exigirse como insignia del pensar que le es sustancial a la Universidad. Ahora bien, cuando las transacciones de la inteligencia alcanzan un punto de equilibrio en el cultivo de los estudios, surge dentro de la institución un clima especial, como equilibrio dinámico de sus tensiones íntimas, y allí se puede decir que la Universidad existe de veras. Como afirma Jaspers: "...en la univer-

idad subsiste, como trasfondo de pensamiento, un *fluidum* de vida espiritual y una *movilidad* humana...la universidad se empobrece cuando no pulsa ya este trasfondo humano espiritual..."(1)

### 3. La posibilidad fundante

Tal vez las referencias al difícil maridaje entre institución e inteligencia hayan sugerido cierto menosprecio para la variable sociohistórica. Nada más lejano de la verdad: ambas instancias son imprescindibles. De lo contrario resultaría una academia irreal-como aquella Castalia de El juego de abalorios- o una asociación cualquiera.

Sucede que el impulso de la inteligencia se desarrolla a través de las tareas de la Universidad, que por fin vienen a ser reconocidas en su plenitud en nuestro tiempo, y desde una unidad interna que destruye, en principio, las identificaciones falsas, por reductivas, que se han formulado sobre la institución: escuela, empresa, república de estudiantes, etc. La Universidad es eso, todo eso y más que eso.

James Perkins lo dice con acierto: "El conocimiento es...una cosa viviente: crece, cambia, y varias de sus partes son respuestas al volverse anticuadas. Pero la naturaleza dinámica del conocimiento es atribuible a esta influencia recíproca y a esta tensión, ambas relacionadas con la adquisición, transmisión y aplicación. Es esta acción recíproca la que crea la necesidad de nuevo conocimiento...Los tres aspectos del conocimiento tienen sus reflejos institucionales en las tres misiones de la universidad: la adquisición de conocimientos es misión de la investigación; la transmisión del conocimiento es misión de la enseñanza, y la aplicación del conocimiento es la misión del servicio público..."(2) Desde su fe entusiasta de americano del norte. Perkins encuentra que la idea de Universidad ha florecido definitivamente en los Estados Unidos, al culminar con el servicio a la Nación las tradiciones germana y británica, signadas respectivamente por la investigación y la enseñanza. En sus palabras, "Por primera vez en la historia, los tres aspectos del conocimiento se reflejaron en las tres misiones modernas de la Universidad. Los resultados fueron revolucionarios y explosivos a la vez. Cambiaron toda la relación que existía

entre la universidad y la sociedad. Y, en el proceso, produjeron una nueva idea de universidad." (3)

Tal vez sea exagerado, aunque hay que señalar su coincidencia con Karl Jaspers en la unidad de tareas de la inteligencia académica. Para éste, "La ciencia es tarea de la universidad. Pero la investigación y la enseñanza están al servicio de la formación de la vida espiritual como manifestación de la verdad. El cometido, pues, puede entenderse como investigación, enseñanza y formación (educación). Aunque cada una de estas tareas pueda explicarse por separado, se pone de manifiesto a la vez su indisoluble unidad. La realización de la tarea está ligada a la comunicación entre los hombres pensantes..."(4)

Ahora bien, tanto Jaspers como Perkins advierten la insuficiencia del polo intelectual de la vida académica, el cultivo de la ciencia por y desde sí misma. Perkins lo hace olvidándose de la formación, que no puede emparejarse con la mera transmisión de conocimientos. Esta laguna parece haber encontrado su verdad en habilísimos yuppies, graduados en prestigiosas universidades del país del Norte, que hace poco pusieron en peligro la estabilidad de la Bolsa de Nueva York. En realidad, una educación para la *struggle for life*.

Jaspers entiende que el fin de la Universidad es la investigación de la verdad a través de la ciencia. Lo escribe en 1945, desde la experiencia inmediata de una Alemania destrozada por aquella barbarie que racionalizó sus procedimientos. Coherente con su pensamiento profundo, encuentra un sustrato que da sentido a las tareas de la inteligencia, idéntico, en el fondo, al que Perkins interpreta desde el entusiasmo de su convicción pragmatista. Dice Jaspers: "...puesto que la ciencia no puede ser abandonada a sí misma, necesita conducción. Es decisivo para la ciencia de dónde procede la conducción, y qué sentido proporcionó a la ciencia. Ni la utilidad para otros fines, ni el fin en sí misma... pueden constituir el móvil esencial para la ciencia. Por cierto que la conducción desde afuera puede emplear a la ciencia como medio para otra cosa. Pero entonces el sentido de la ciencia en su totalidad permanece oculto. Si por el contrario, el objetivo es puesto en el saber científico como tal, la ciencia desemboca en la falta de sentido. La conducción debe provenir de adentro, del fondo de la ciencia misma, pero de un origen circumprendente de toda ciencia: es

la voluntad incondicionada de saber...la voluntad originaria de saber en nosotros no constituye un interés ocasional; un impulso incondicionado en nuestro interior nos empuja hacia adelante..." (5)

Es claro, entonces, que la estructura institucional y el ejercicio de la inteligencia requieren de algo más, que no se ubica frente al pensamiento -ni en el "teatro de guerra conceptual"- sino más bien a sus espaldas, en la retaguardia desde donde se impulsan las tareas de la inteligencia, y que consiste en un sustrato originario. Jaspers lo interpreta como voluntad incondicionada, Perkins lo hace convencido del Destino Manifiesto, Fosbery en calidad de traditio, Ortega como cultura epocal. Es lo que hace posible desde el fondo a la Universidad y, en concreto, se plasma como ámbito del desvelo.

En algún momento escribí al respecto: "...Las operaciones de la inteligencia no flotan en el vacío, y por lo mismo, la universidad, que es el modo social de convivencia intelectual, tiene supuestos que exceden su instalación en determinado ámbito. Cuando aquellos supuestos se esfuman, la institución pierde el rumbo. No necesitan estar explícitamente declarados, pero algo orientando la elección de carreras, la selección bibliográfica, los criterios metodológicos habituales, las permisividades y prohibiciones tácitas que flotan en el ambiente. Sin este fodo, la forma que preside las realizaciones académicas puede desvanecerse tras la apariencia institucional de un órgano sin vida. También puede morir por represión de estos supuestos, clausurándose sobre sí, y convirtiendo en recinto cerrado lo que debió ser domicilio amplio del pensar. En este nivel de reflexión que corresponde al desvelo, se juega tanto la capacidad de imprimir carácter como la génesis y el espíritu de los conocimientos que se cultivan, visto que en él se da la motivación suprema del quehacer universitario. Tal sustrato decisivo consiste en la sabiduría, que conoció diversos nombres a través de las grandes épocas de la Universidad. En la Edad Media, su hora inaugural, fue la Teología, luego fueron el Humanismo y las Ciencias, seguidas por el servicio del Estado en el período napoleónico, mientras hoy la Técnica lucha por convertirse en el centro de irradiación académica..." (6)

Ahora bien, si la presencia de este sustrato de sabiduría es imprescindible para la vida de la institución, hay que afirmar con energía que su falta implica una base de necesidad, como parece darse en algunas casas de creación reciente, donde se ha prescindido de la Facultad de Filosofía u otro órgano de esa envergadura. Es cierto que en nuestra época, o más bien, en nuestra situación, este departamento universitario pervive por inercia institucional más que por su gravitación intrínseca, aunque puede admitirse que la mera presencia de una fábrica de profesores da testimonio de la raíz sapiencial de la universidad, cuestionada hoy desde todos los ángulos por la insolencia de un exitismo sin porvenir.

Porque lo que no saben quienes apuestan al resultado precoz y negligente de las grandes perspectivas es que se embarcan en un viaje desprovistos de brújula, lo cual lamentarán cuando sobrevengan las tormentas del tiempo. Ignoran que el Instituto de Tecnología de Massachusetts, tal vez la mejor universidad técnica del mundo ha creado en su seno una Facultad de Letras para equilibrar el peso de las tecnologías, porque el ingeniero de veras sabe de la necesidad humanística desde el núcleo de su tarea.

El mismo Perkins percibe zagazmente la necesidad de una conducción interna al plantear los problemas latentes de la universidad norteamericana, tendencialmente catastrófica y no de anemia, como nos sucede por estos lares, mas transfiere al juicio práctico la solución de los problemas del futuro. El caso de Jaspers es distinto, porque escribe desde las ruinas de un mundo viejo.

Perkins y Jaspers simbolizan la experiencia universitaria del extremo norte de América y del Viejo Continente. No es casual que hayan intuído al sustrato esencial de toda vida académica, respectivamente, desde la convicción en el Destino Manifiesto, pragmático y expansivo, y a partir de una reflexión que se instala en el misterio. Tampoco es casual que sus nombres figuren aquí. Ambos polarizan la concepción universitaria que se distienda en el Hemisferio Norte con la máxima pureza. Esto nos lleva a reflexionar, porque surge un factor invariante en ambas perspectivas, un núcleo que se identifica con las distintas culturas nacionales. Muy probablemente, Jaspers no hablaría de voluntad si no hubiese sido alemán. En Perkins, el énfasis pragmático recuerda la mutación que los Estados Unidos imprimieron en la cultura británica, especialmente cuando los pioneros de John

Hopkins instituyen la investigación aplicada. Entonces, pese a las naturales reticencias jaspersianas al estudiar los vínculos entre universidad y nación, explicables por la experiencia catastrófica del nacionalsocialismo, el filósofo da testimonio de una relación estrecha. Esto nos remite a nuestro problema, el de la constitución efectiva de la universidad argentina, donde las tentativas de solución parecen dejar al sustrato originario de la universidad en la sala de espera, postergándola ante medidas reductivistas e inocuas en el fondo.

#### 4. La inteligencia emergente.

Si los vínculos entre universidad y nación son tan profundas y decisivos, ¿qué sucede con nuestra cultura y cómo incide en lo incondicionado para nuestra Universidad? El tema de la cultura nacional excede la disponibilidad de estas líneas, aunque nuestro medio puede caracterizarse en términos de insatisfacción, la que denota, a su vez, una insuficiencia de base. Tal vez ésta recibiría un nombre adecuado desde una paráfrasis del título de Freud: *El malestar por una cultura ausente*. No se trata de arremeter contra el lugar común que nos consagra adelantados en alfabetización ni de los éxitos individuales que los argentinos logran, generalmente en el exterior. Teniendo a la vista nuestros esplendores cabe preguntar: ¿Qué hay de argentino en ellos?

El resultado lleva, ciertamente, a la perplejidad. Porque ésa es nuestra situación de fondo, ya que vivimos estupefactos desde hace más de un siglo sin haber decidido el doble principio que nos engendró nuestra Historia: esa Argentina que Saúl Taborda llamó *facúndica*, y que fue bárbara para Sarmiento, y el país que emergió de los desvelos del sanjuanino y tantos más.

En el fondo de todo argentino pugnan las dos mitades de la Nación, bajo el canto de sirena de una *hybris* que sólo nos trajo desventuras. La misión vertebral de la universidad argentina reside en resolver esta *disnomia* profunda en nuestra cultura, que nos atrapa en estupefacción constitutiva, es decir, profunda, inconsciente las más de las veces. Los intentos actuales por lograr una excelencia profesional y de

establecer conexiones con la industria son paliativos circunstanciales que no rozan la raíz del problema, a saber, el flujo impulsor de las tareas universitarias. Estos proyectos últimos ratifican nuestra tendencia inveterada de olvidar el factor académico, que es dinámica de la inteligencia, frente a las exigencias profesionales. No podemos persistir en la negligencia del significado de toda profesión, que consiste en aplicar conocimientos universales a un oficio determinado, el cual viene exigido por las necesidades de la sociedad.

En otras palabras, ¿nosotros somos capaces de pensar? es decir, ¿podemos crear categorías conceptuales con suficiente autoctonía y amplitud como para constituir una perspectiva argentina sobre el mundo?

Una mirada retrospectiva encuentra un factor común en nuestro pasado, que nos caracteriza como *pasión*. Los testimonios abundan. Ahora bien, lo que importa es deslindar los cauces negativos y subalternos que desde aquella refluyen en rencor y presentimiento, móviles habituales de tantas frustraciones, para poner de relieve la positividad de una *pasión* universal como el modo peculiar y nuestro para acceder a la verdad en todas sus dimensiones. La *pasión* universal es el horizonte que enmarca nuestras realizaciones privilegiadas, desde el *Prámbulo* de la Constitución hasta la *Doctrina Drago*, pasando por la *poética* de Lugones, la *filosofía* de Astrada y la *arquitectura* de Bustillo y de Amancio Williams. Es el caso concreto de Jorge Luis Borges, tal vez el menos costumbrista de nuestros escritores, que se manifiesta hondamente argentino a partir de la diversidad de su temática.

Este impulso fundamental ha encontrado su expresión principal en nuestras letras, que se imbrican con frecuencia en las circunstancias históricas. Si olvidamos los ideologismos, puede encontrarse sustancia de sobra para una interpretación del mundo según la perspectiva irreductible del talento propio. Esta constituye nuestra *inteligencia* inminente, que ya está ahí, latiendo como *virtualidad* dormida que espera la *decisión* oportuna para hacerla emerger. El teólogo Schillebeeckx decía que "la *Universidad* es la obra de los maestros y de los estudiantes en el marco de las ciencias".

Pues bien, nuestra primera obra habría de consistir en la activación, metódica y urgente, de aquella inteligencia que late en innumerables dispersas, catalogadas aunque inmóviles.

Hay una potencia intelectual insospechada en nuestra poética, de la que alguien dijo que abraza las líneas esenciales de una sabiduría argentina. Esta inteligencia no surge de la voluntad germánica, ni de la razón cartesiana, ni de la dialéctica cultural al modo itálico. Es preciso reiterarlo: lo propio de nuestra manera de acceder a la verdad se manifiesta como pasión universal.

Ahora bien, las obras requieren de operarios, y determinan, junto con el ámbito en el que se realizan, el perfil de aquéllos. El método habitual ejercitado en las universidades del Medioevo -que fue la época inaugural de la institución, aunque lo disimulen los detractores modernos- consistía en la *lectio* y la *disputatio*, ese "torneo de los intelectuales", según J. Le Goff, en el que se exprimían a fondo las vísceras significativas de los pocos textos disponibles.

Esta forma colectiva de pensar tuvo por telón de fondo la creciente densidad de las poblaciones europeas, que se iban acumulando a la vera de catedrales y castillos. En aquellas universidades se formalizó académicamente algo habitual, los debates de la taberna, la plaza y el mercado. Algo así como el cumplimiento de la ley teilhardiana por la cual la saturación de vida lleva forzosamente al pensamiento. Estos académicos buscaban determinar la opinión verdadera, entre la multitud de las cuestiones confluyentes en la disputa como lo hacían los peregrinos hacia Chartres, Santiago o Roma. Si luego la figura solitaria del profesor egregio se impuso en las cátedras fue porque el Renacimiento alumbró el culto de la personalidad por primera vez en la Historia. Entonces se inició la época del sujeto dominante, desde su poder, riqueza y magnificencia.

El "contrapunto" de nuestro Martín Fierro con el Moreno, en el final del poema de Hernández, ofrece una ocasión única para leer las características autóctonas de nuestras posibilidades conceptuales. La estructura del relato, como observó Raúl P. Castagnino, se compone del héroe y de un círculo reducido de oyentes, al cual se dirige el

primero, mientras nosotros actuamos como espectadores. Si efectuamos una *epojé*, una reducción fenomenológica que ponga entre paréntesis todo costumbrismo, se despejarán caracteres sugestivos:

1. Un encuentro excepcional en el marco de la soledad de nuestros campos.
2. El auditorio está calificado de alguna manera.
3. La "ciencia empírica" del relator privilegiado brota de una lectura del mundo, no de los textos.
4. Se produce un debate entre expertos sobre temas trascendentales.

Si estas formas son irreductibles dentro de nuestra situación, cualquier desarrollo ulterior para el diseño de un perfil académico propio no puede desatenderlas.

Un camino inédito se abre ante nosotros a través de la creación, formalizando mediante un paradigma original la traza genética de nuestro saber compartido: hay que convertir la inteligencia inminente en emergente, otorgándole la presidencia noética de la universidad futura. Tal paradigma, propio de un país donde imperan las distancias, no puede eludir los siguientes caracteres: concentrar potencial humano, jerarquizarlo, -bien entendido, por gravitación intrínseca, desde una base amplia, sin exclusiones sectarias- y, por fin, exponerlo, darle amplia circulación para fecundar al entorno precalificado.

Hasta ahora vamos aceptando la vigencia progresiva de un cuarto nivel de estudios, que prolifera en escuelas de graduados, aunque nadie parece pensar en la organización de este nivel como núcleo sistemático de la vida universitaria. De esta manera dicho núcleo recibiría un elemento humano de calidad probada, revirtiendo a la vez una proyección de excelencia hacia el todo institucional. Habría, entonces, universitas concreta, donde tendrían regulación las transacciones de la inteligencia con sus objetos, de la institución con su circunstancia y de la profesión con el saber científico.

Esto abre las posibilidades de la inteligencia argentina hacia su consolidación como ofrenda universal con rostro propio. El discurso,

tal vez, no se parecerá tanto al del Viejo Mundo, que ahondó las raíces del pensar y desde los griegos viene inquiriendo los primeros principios del ser y del conocimiento. Tampoco al discurso pragmático del Norte, que pone énfasis en los frutos de todas sus actividades. En tren de metáforas digamos que nos resta florecer en posibilidades de vida, como aporte a ese plus de orientación requerido por el mundo en una hora caótica. Tal sería la destinación de la inteligencia bajo la Cruz del Sur.

Luis María Teragni

## Referencias

1.4.5. Jaspers, Karl. *La Idea de la Universidad*. Figura en: *La Idea de la Universidad en Alemania*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1959.

2.3. Perkins, James A. *La Universidad en transición*. Manuales UTEHA, 354, México, 1967.

6. Teragni, Luis María. *La Universidad Latinoamericana, protagonista de criollez*. Reflexiones institucionales desde el pensamiento resolutivo de Eduardo Mallea. Presentado en las Jornadas de Pensamiento Latinoamericano Universidad N. de Cuyo, 1989.

---

Impreso en el mes de setiembre de 1992 en los  
Talleres Gráficos del Ministerio de Cultura y  
Educación, Directorio 1781, Bs. As., Argentina.

---